

UN DERBY CON BATALLA AL FONDO

FERNANDO SAVATER

*«¿Diste tú al caballo su fuerza?
Escarba la tierra, se alegra en
su fuerza, sale al encuentro de
las armas; hace burla del es-
panto y no teme, ni vuelve el
rostro delante de la espada.
Desde lejos huele la batalla, el
grito de los capitanes y el voce-
río...»*

(Libro de Job)

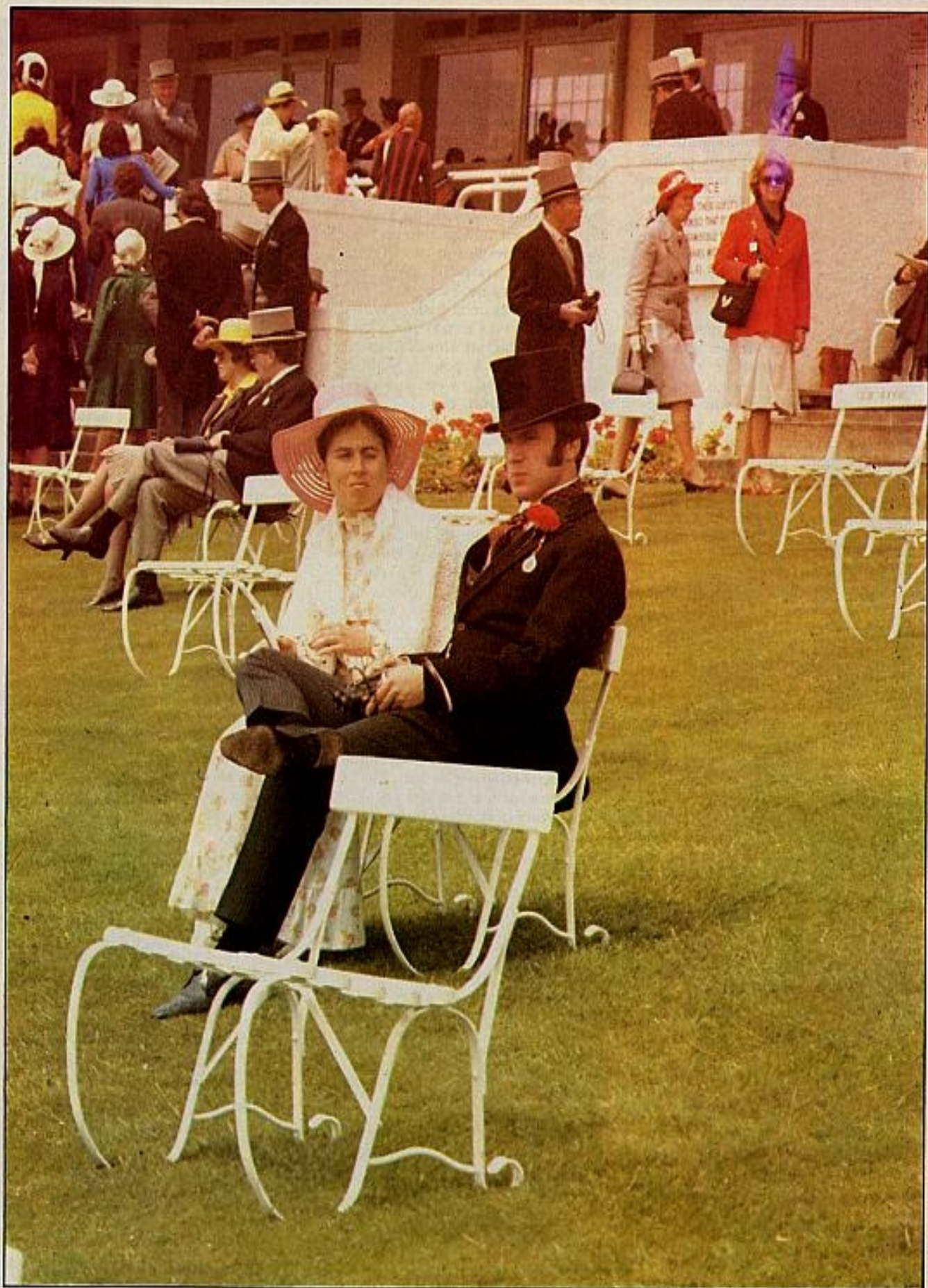
En sus apuntes costumbristas titulados «English hours», el americano de origen y londinense de adopción Henry James describe su primer y único encuentro con el Derby de Epsom. No consta el año en que la gran carrera se vio irónicamente honrada con la asistencia del gran novelista: él sólo nos dice que la prueba fue ganada «por un caballo cuyo nombre confieso que he sido lo suficientemente bárbaro como para olvidar». Quizá James vio victorioso «sin realmente verlo» al incomparable «Ormonde», montado por Fred Archer en el año 1886; o puede que asistiese al triunfo de los colores del Príncipe de Gales con «Persimmon» diez años más tarde. Da lo mismo, porque a nadie podría importarle legítimamente algo que al propio Henry James le importó tan poco. Asistió al Derby porque se le aseguró que allí tendría una visión directa de «la verdadera Inglaterra»; sólo presencié la insultante exhibición de la Inglaterra que a él menos podía fascinarle. Una fiesta rústica y alborotada, un jolgorio en el que se estimulan sin refinamiento los apetitos y dormita la sensibilidad intelectual, un apogeo de borrachos, golfas, carteristas, jugadores y cantantes aficionados. Una merienda campestre con ribetes báquicos, más afín a los pinceles de Brueghel que a los de Watteau. Demasiados coches, demasiados gritos, demasiado alcohol, demasiado tumulto para el frígido Henry James, que se resignó a aceptar que se hallaba «dentro de lo vulgar en una escala insuperable, algo estrepito-

samente, inimaginablemente, heroicamente chocante para el tímido «buen gusto». Sin embargo, acatada la vulgaridad esencial del festejo, no faltaban situaciones curiosas o significativas que se ofrecían a la descripción minuciosamente irónica de quien quiso ser solamente espectador perpetuo de la vida. James también se entretuvo en el Derby, porque quien sabe mirar no se aburre nunca. Lo único que no vio fue precisamente la carrera: hubo varias salidas en falso (entonces aún no existían los cajones automáticos que homogenizan hoy las largadas), tras cada una de las cuales «la mitad de los espectadores decidía que los caballos habían partido ya y la otra mitad sostenía que aún no.» Finalmente hubo un gran griterío, un revoloteo de gorras multicolores y todo se dio por acabado. Resumen de James: «El espectáculo puede ser excelente en cuanto a su calidad, pero en cantidad es inapreciable». ¡Y pensar que a uno la carrera se le hace a veces interminable, como si la intensidad del momento suspendiese el paso del tiempo en un presente entorno donde todo ocurre a un ritmo juntamente furioso y extático! Hay que admitir que el maestro James, del que tan próximo me he sentido en muchas ocasiones, a este respecto hípico al menos no era de los míos...

Salvo circunstancias menores, la mayoría de los caracteres y las situaciones que Henry James describe siguen hoy presentes en torno a las más bella carrera del mundo. El Derby Day es uno de esos eventos populares que han alcanzado ya su forma definitiva y que en un país como Inglaterra no es fácil que la pierdan o consientan en modificarla. Los coches que hoy llegan en riada a Epsom no van tirados por caballos o mulas, la cerveza o el champagne se enfrían ahora en neveras portátiles y no en simples cubos con hielo, el estilo de los atuendos de ambos sexos se ha ido haciendo con el

tiempo cada vez más desenfadado, salvo en el Jockey Club: por lo demás, todo permanece prácticamente igual desde hace más de doscientos años. Pero en la edición de este año cabía esperar ciertas modificaciones: ¿acaso no estaba Inglaterra prácticamente en guerra el día en que hubo de correrse la gran carrera? No era lógico esperar que una guerra remota y bastante especial como ésta de las Malvinas hiciese suspender una institución ferriada tan fundamental en la vida inglesa como el Derby, lo cual ni siquiera fue logrado por las mucho más cercanas y comprometidas guerras mundiales. La única concesión a las calamidades de aquellos días que hizo el Derby fue trasladarse al hipódromo de Newmarket durante los años 1915 a 1918 y 1940 a 1945, para alejarse de los bombardeos de Londres. Por lo demás, todo siguió más o menos igual. Pero como se trata de una fiesta multitudinaria y de clara vocación popular, cabía esperar que fuese este año utilizada para algún tipo de propaganda o de demostración patriótica. Cabía esperar, pero desconociendo la forma de ser inglesa, la radical separación entre la esfera de la vida cotidiana y los acontecimientos políticos. Para un inglés, lo único eterno es lo que vuelve día tras día y no puede dejar de volver: la cerveza después del trabajo, el *steak and kidney pie*, el cricket, el Derby, el paseo por Hyde Park en primavera... Los demás, el mercado común, el Imperio, la crisis y las Malvinas son cosas de los políticos, más o menos dignas o preocupantes, pero que nunca deben interferir ni mucho menos estropear el disfrute de las primeras. Por lo demás, el conflicto provocado por la agresión de Galtier (1) no es vivido con mucho entusiasmo por la mayoría de los ingleses, que

(1) Este artículo fue escrito en los primeros días de junio, antes del final de la guerra de las Malvinas.



En el Derby Day todo permanece prácticamente igual desde hace más de doscientos años: ni las dos guerras mundiales lograron su suspensión, sólo su traslado al hipódromo de Newmarket, más lejos de los bombardeos de Londres.

UN DERBY CON BATALLA AL FONDO

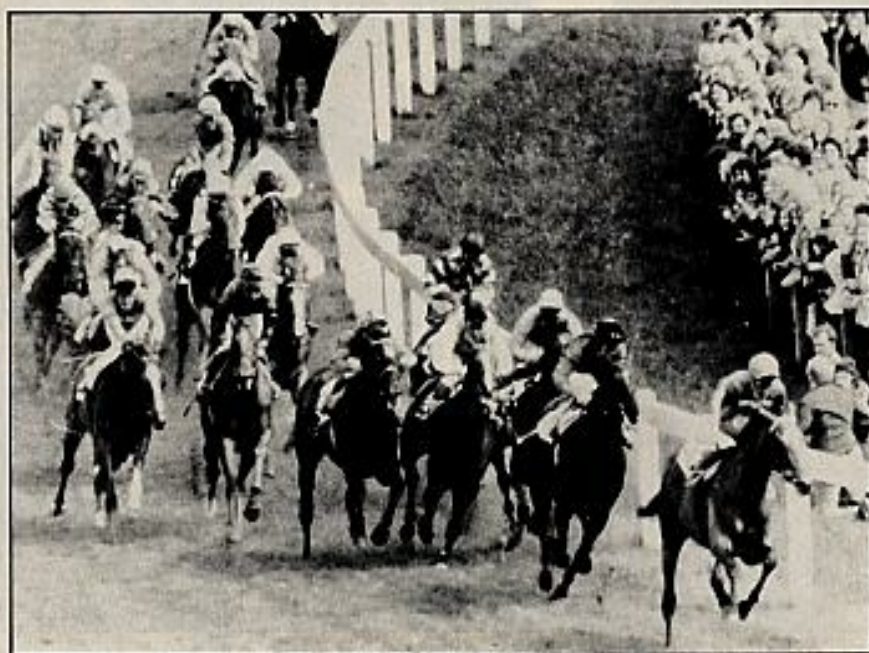
consideran la reacción de la señora Thatcher como un tanto desproporcionada y a la larga insostenible. ¿Qué haremos cuando hayamos ganado?, se preguntan constantemente los periódicos; y es que una derrota significaría una grave quiebra del sistema político británico, pero la victoria plantea una cantidad de problemas que a la larga pueden revelarse poco menos peligrosos. En el *Speak's Corner* de Hyde Park, bajo el calor abrumador de las cuatro de la tarde que hace subir insólitamente la columna de mercurio por encima de los treinta grados, sufridos y entusiastas oradores espontáneos exponen su versión de los sucesos, nada favorable al punto de vista gubernamental. Uno de ellos, estoico hasta lo teatral, aguanta con los ojos cerrados y rostro levemente crispado la feroz refutación de un ciudadano de patente hindú. Otro, cuyo parecido con Lawrence Oliver y Ralph Richardson resulta un tanto embotado por las huellas de una larga y honrosamente fiel afición etílica, se ha disfrazado de emperador de pacotilla: plumas en el sombrero astroso, ropaje miseramente multicolor y, como condecoraciones adecuadas, un orinal y un rollo de papel higiénico colgando más a la altura del abdomen que del pecho; despega los labios, apenas sonríe con benevolencia desdeñosa y un tanto ida a los curiosos, pero está flanqueado por enormes carteles manuscritos en que se denuncia en tono poco conciliador la estupidez de la guerra y la intransigente rapacidad del gobierno. Por esas imágenes de la tarde calurosa de Hyde Park nosotros, los anglófilos que jamás hubiéramos querido ver a Inglaterra implicada en esta guerra, deseamos de todo corazón que no salga de ella derrotada.

La gran noticia relacionada con este Derby no tiene, sin embargo, nada que ver con el Atlántico Sur, pero ha conmocionado a la multitudinaria afición inglesa casi tanto como la victoriosa conquista de Goose Green: Lester Piggott se ha quedado sin monta en la prueba clásica. El amo de Epsom, llamado *the maestro*, por antonomasia, récord de victorias en esta carrera que ha ganado ocho veces (el jinete vivo más próximo a su palmarés sólo ha conseguido triunfar dos), había elegido como monta a *Simply Great*, un hijo de *Mill Reef*, que venía de ganar con autoridad el Mecca Dante Stakes, quizá la prueba más valorada como preparación del Derby. Pero *Simply Great*, caballo que además de otros méritos ostentaba un nombre que podía servir de blasón a su jinete, se lesionó en un entrenamiento cuatro o cinco días antes de ese primer miér-

coles de junio en que se disputa la gran carrera. Lester hizo gestiones durante esas pocas horas para conseguir otra monta, pero todos los potros con alguna probabilidad tenían ya su jinete definitivo. Uno de los caballos que intentó conseguir fue *Persépolis*, propiedad del armador Niarchos y entrenado por François Boutin en Francia, con el cual ya había ganado el Prix Lupin en Longchamp en un impresionante despliegue de eficacia y arte; pero *Persépolis* tenía apalabrada la monta de Yves Saint-Martin, el astro francés de la fusta, y no hubo nada que hacer. Ciertamente Niarchos y Boutin debieron lamentar después esta fidelidad a la palabra dada —tan elogiada sin duda a otros respectos— pues Saint-Martin llegó cuarto con *Persépolis* tras una monta realmente desafortunada y pocos dudan que si Lester Piggott hubiera sido su jinete el caballo, como mínimo, hubiese disputado al ganador su victoria. Pero quizá fuese mejor que se quedara a pie en el Derby y no dejase sin monta a algún otro jinete, como ya le había pasado con cierto escándalo en ocasiones anteriores que no contribuyeron a aumentar sus simpatías ni entre sus compañeros ni entre el público. En 1972, por ejemplo, Lester arrebató la monta de *Roberto* a Bill Williamson y ganó con él su sexto Derby; la gente tardó en perdonárselo, aunque hay que reconocer que, en vista de lo apretado de la llegada de la prueba, es difícil imaginar que otro jinete hubiera logrado triunfar allí donde él lo hizo. Y el año pasado la ganadora del Oaks, *Blue Wind*, le fue gentilmente se-

cuestrada a su jinete habitual Wally Swinburne por el ávido campeón, que obtuvo con ella una cómoda victoria. A veces la desmesura del temperamento heroico gasta malas pasadas a la solidaridad... En cualquier caso, en esta ocasión Lester Piggott se quedó sin monta, lo que no había ocurrido en ningún Derby de los últimos treinta años, salvo en 1964 en que sufría castigo por decisión de los comisarios del Jockey Club. Lester tuvo que contentarse con glosar la carrera para la cadena de Televisión ITV, murmurando con su voz átona y casi ininteligible despedidos comentarios —formalmente austeros— sobre los afortunados que podían participar como protagonistas en esos dos minutos gloriosos de la historia hipica.

Descartado por su accidente *Simply Great*, sólo tres o cuatro caballos más contaban en los pronósticos y para los *bookmakers* como auténticos favoritos en este Derby reñido y abierto, no aplastado por la sombra formidable de un gran campeón indiscutible, como ocurrió el pasado año con *Shergar*. Los dos principales eran ambos hijos de *Nijinsky*, único ganador de la Triple Corona inglesa (Dos Mil Guineas, Derby y Saint-Léger) en el último medio siglo, uno de los pocos que pueden reclamar con pruebas el trofeo de la auténtica perfección hipica, hecha de velocidad, fondo y corazón. El primero de estos dos hijos de *Nijinsky* contaba a su favor, aparte de actuaciones más que meritorias en las preparatorias de Lingfield, etc..., con dos razones sentimentales y en su contra tenía una razón clínica. El caba-



Derby de Epsom de 1979: el vencedor fue *Troy*, montado por Willie Carson.



«Golden Fleece», montado por Pat Eddery, ha sido el ganador de Epsom este año. Su dueño es el americano Robert Sangster, una especie de multinacional hípica, y su preparador el mítico irlandés Vicent O'Brien.

llo se llama «Peacetime», lo que en estos tiempos que corren no es mala recomendación entre las gentes de buena voluntad; además iba conducido por Joe Mercer, quizá el más elegante y puro representante de la escuela inglesa de monta, que a sus cuarenta y siete años —a punto ya de retirarse de esta actividad deportiva— aún no había ganado nunca el Derby: Joe fue jinete campeón hace pocas temporadas, iba en el avión siniestrado en que perdieron la vida varios jugadores del Manchester y se portó en aquella ocasión con auténtico heroísmo, montó para la reina de Inglaterra y es uno de los personajes más caballerescos y queridos del turf. En su contra tenía «Peacetime» una delicada intervención en la tráquea el año anterior para compensar una insuficiencia respiratoria: aunque los caballos pue-

den dar excelente juego tras este tipo de operaciones, no es habitual que ganen luego toda una carrera clásica de la categoría del Derby. Pero en fin, las *housewives*, que tradicionalmente apuestan a Lester Piggott en el Derby, este año se volcaron sobre el potrero de nombre irenista. Un periodista especializado en crítica hípica se desesperaba: «¿De qué sirve hacer cálculos y estudiar orígenes, si luego la gente le juega a «Peacetime» por lo de las Malvinas y a «Father Rooney» (otro de los participantes de este Derby, montado por el *wonderful boy* americano Steve Cauthen), por la visita del Papa?». El segundo hijo de «Nijinsky» favorito era «Golden Fleece», propiedad del americano Robert Sangster y preparado por el mítico irlandés Vincent O'Brien. Antes, esta pareja formaba trío con Lester Piggott como

jinete y fueron uno de los equipos más formidables que han conocido los hipódromos de cualquier época: su historia y la de sus proezas se narra en un libro reciente, «classis treble». Sangster es una especie de multinacional hípica con un olfato privilegiado para descubrir el gran caballo que algunos potros llevan dentro; O'Brien, considerado a sus ochenta y dos años como el mejor entrenador del mundo y uno de los principales que jamás hubo, es el encargado de hacer que ese campeón salga fuera y encuentre la carrera adecuada para lucirse; Lester era el jinete idóneo para pilotar sin fallos al corcel, pero se enemistó tras una gloriosa andadura con los otros dos y ahora es Pat Eddery el encargado de montar los caballos de Sangster-O'Brien. O'Brien, el «mago de Tipperary», ha ensillado ya la friolera de seis ganadores del Derby, pero, aún por él, «Golden Fleece» planteaba problemas especiales. Es un caballo enorme y arisco, con un odio particular por los cajones de salida y los vuelos en avión (que forman parte habitual del oficio de cualquier pura sangre de categoría). O'Brien le mimó a lo largo de todo el invierno, domándole con paciencia infinita, corrigiendo sus manías y aliviando sus temores. En su finca de Tipperary, en el corazón de Irlanda, auténtica fábrica de campeones, O'Brien llegó a pasear a «Golden Fleece» en su avioneta privada para acostumbrarle poco a poco a las brusquedades del despeque y del aterrizaje. Un par de semanas antes del Derby, un incidente de entrenamiento pareció dejar al hijo de «Nijinsky» fuera de la prueba, pero finalmente todo se arregló y el gran día salió a la pista reluciendo con toda la magia y esplendor del mítico vellocino cuyo nombre lleva.

Me arriesgaré a la obviedad: fue una carrera hermosa. «Golden Fleece» demostró un impresionante poder de aceleración a mitad de la recta final (creo que es cualidad indispensable para ganar esta prueba) y consiguió un triunfo contundente sobre el *outsider* «Touching Woods», que tuvo la buena suerte que su nombre prometía, y «Silver Hawk». Estos dos últimos tienen cosas en común: ambos pertenecen a acaudalados propietarios árabes y ambos son hijos de «Roberto», aquel caballo con el que Lester «robó» un Derby a Bill Williamson. Fue una tarde de calor, de bochorno, desgarrada por súbitos y feroces aguaceros. Los relámpagos que puntuaban aporatosamente la jornada y subrayaban su emoción ingenua y vital —aquella que no supo ver Henry James— parecían los heraldos indeseados de la batalla lejana. ■ F.S.